

MATRIMONIO, VOCACIÓN DE SANTIDAD

El Anillo de Oro - El Matrimonio, Ese Gran Sacramento.

Número especial: 111-112 - Mayo - Agosto 1963, pag.289-303

Un hogar que es consciente de su doble vocación de culto y misión, y se esfuerza por cumplirla bien, se convierte para marido y mujer en un camino de santidad, no de una santidad barata, sino de esa exigente santidad evangélica que es la entrega total de uno mismo a Dios por medio de Cristo.

El año de la muerte del rey Ozías, yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el Templo. Unos serafines estaban de pie por encima de él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, y con dos se cubrían los pies, y con dos volaban.

Y uno gritaba hacia el otro: «¡Santo santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria.

Los fundamentos de los umbrales temblaron al clamor de su voz, y la Casa se llenó de humo.

Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; ¡y mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos!».

Uno de los serafines voló hacia mí, llevando en su mano una brasa que había tomado con unas tenazas de encima del altar. Él le hizo tocar mi boca, y dijo: «Mira: esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado».

Yo oí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?».

Yo respondí: «¡Aquí estoy: envíame!». (Isaías 6, 1-8)

Un santo no es ante todo, como muchos imaginan, una especie de campeón que realiza proezas de virtud y rendimiento espiritual. Es ante todo un hombre seducido por Dios. Y que entrega toda su vida a Dios.

Este ya era el caso de los santos del Antiguo Testamento. Uno de ellos, Jeremías, nos lo confió en términos inimitables:

«¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir! ¡Me has forzado y has prevalecido! Soy motivo de risa todo el día, todos se burlan de mí.

Cada vez que hablo, es para gritar, para clamar: «¡Violencia, devastación!». Porque la palabra del Señor es para mí oprobio y afrenta todo el día. Entonces dije: «No lo voy a mencionar, ni hablaré más en su Nombre». Pero había en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado en mis huesos: me esforzaba por contenerlo, pero no podía.» (Jér 20, 7-9).

Es cierto en el caso de los profetas, y más aún en el de los apóstoles. Fijémonos en Juan y Santiago (Mt 4,21-22). En un hermoso día de primavera, en las orillas infinitamente apacibles del lago de Tiberíades, los dos jóvenes están remendando sus redes, en compañía de su padre Zebedeo. Tal vez estén cantando. Pasa un hombre, todavía joven. Se acerca. Y su voz debe de ser extraordinariamente seductora, porque basta una llamada para que Santiago y Juan dejen a su padre y sus redes, y le sigan con los pasos despiertos y ágiles de unos adolescentes felices. Poco sospechaban de la aventura en la que estaban a punto de embarcarse. De hecho, su destino acaba

de decidirse. Han apostado toda su vida a unas palabras de Cristo. También ellos han sido seducidos, también ellos se han entregado.

Unos años más tarde, le llegó el turno a Pablo. En cada página de sus cartas aflora su amor apasionado por quien le había ganado con tanto esfuerzo. Un día se le apareció Cristo (1 Co 15,8) y lo vio (1 Co 9,1). A partir de entonces, su vida se transformó radicalmente. "Todas las cosas que fueron ventajas para mí, por amor de Cristo, las considero como pérdida, para ganar a Cristo. No es que ya haya alcanzado la perfección. No, sino que prosigo mi camino para conquistar a Cristo, habiendo sido conquistado por Él" (Flp 3,7-12). "Si quisiera agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo" (Ga 1,10). El amor de su Señor lo empuja (2 Co 5,14), y está seguro de que nada podrá separarle de él: "¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada? Pero en todas estas cosas somos más que vencedores" (Rm 8,35-39). Ni siquiera teme su propia debilidad, ni corre el riesgo de alejarse de su Maestro: "Me glorío en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Jesucristo. Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co 12,9). Su unión con Jesucristo llega hasta la identificación: "Con Cristo estoy crucificado para siempre: vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí" (Ga 2,19). Sin embargo, estaba impaciente por la plena posesión de su Dios: "Estoy dividido entre dos deseos opuestos. Uno es irme y estar con Cristo, y eso es con mucho lo mejor. Pero permanecer en la carne es más necesario por ustedes" (Flp 1,23-24). "Porque a mí, el más pequeño de los santos, se me concedió la gracia de anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo" (Ef 3,8). Y cuando llegó al ocaso de su vida, gastada enteramente por su Señor, una última confidencia, sobrecogedora por su sencillez, a su amado discípulo Timoteo, nos deja entrever lo más profundo de su corazón: "Yo sé en quién he puesto mi confianza" (2 Tim 1,12).

Si pensamos en la santidad cristiana como amor, el amor a Cristo que consumía el corazón de Juan y Pablo, entonces surge la pregunta: ¿son compatibles el matrimonio y la santidad?

Una treintena de parejas parisinas, casadas desde hace unos veinte años, acaban de mantener un largo -y amargo- debate sobre el tema. A lo largo de estas páginas, me referiré a menudo a sus discusiones y citaré algunos extractos de las cartas recibidas con ese motivo.

¿Qué es la santidad?

Antes de adentrarnos en la naturaleza de la santidad, debemos reflexionar brevemente sobre la evolución de la afectividad humana, que condiciona en parte el desarrollo y la perfección de la vida cristiana.

Las edades del amor

Los niños pequeños son esencialmente egocéntricos. Si entra en contacto con el mundo exterior y descubre la existencia de cosas y personas a su alrededor, todo gira en torno a él. Sin embargo, en su interior ya se desarrollan los primeros signos del amor. A medida que crece, descubre a los demás como otros y aprende a aceptarlos, volviéndose capaz de complacer a quienes le rodean.

El adolescente, en cambio, hace un descubrimiento singularmente más importante. En el ser humano, encuentra a la persona, ese algo único e inviolable que lleva dentro. Acceden a esa cualidad totalmente nueva del amor que es la amistad, a través de la cual las personas intentan comunicarse en profundidad. Son capaces, si es necesario, de sacrificar sus propios intereses por

la felicidad de la persona amada. Aspira a la comunión. Se exaltan pensando que tienen a su disposición nada menos que el inmenso campo de la creación para forjar amistades.

Pero su corazón sigue madurando. Descubrió que estaba preparado para dejar atrás a su padre y a su madre y todo lo demás y entregarse total, exclusiva y definitivamente a la única persona que había elegido por encima de todas las demás. Esta metamorfosis no se produjo de la noche a la mañana. Pasó por un periodo de transición en el que viejos amores le frenaron, en el que el pánico se apoderó de él ante la idea de saltar a lo desconocido. Incluso ahora, cuando contempla la posibilidad de comprometerse definitivamente, siente a veces un retroceso instintivo, como los Apóstoles (Mt 19,10) cuando Jesucristo les presentó el matrimonio con todas sus exigencias: "Si ésta es la condición del hombre para con la mujer -respondieron-, mejor sería no casarse...". Es tentador "estancarse" ante la renuncia, negarse a ser hombre de un solo amor. Y, sin embargo, se trata de un paso necesario en el desarrollo de su personalidad. Lo que sin duda sorprende es que en la fase anterior, su poder de amar, que se desarrollaba en extensión, ahora parece tener que concentrarse en un solo ser. Probablemente aún no ha comprendido del todo que el amor se identifica con la entrega, y que la perfección del amor exige la perfección de la entrega: que sea total, definitiva, exclusiva.

La evolución de la caridad

En el corazón cristiano se produce otro desarrollo, a la vez distinto de la evolución del amor -de otro "orden", como diría Pascal- y, sin embargo, vinculada a ella: la de la caridad. Para comprender esta evolución de la caridad, hay que partir en primer lugar de lo que llamaré la psicología del "hombre viejo", según la expresión de San Pablo. El viejo -que sobrevive largo tiempo en el corazón del cristiano- tiene su centro de gravedad en sí mismo: el móvil de su acción es la persecución de sus intereses a diversos niveles, intelectual, físico, material... Su resorte principal es la "codicia", como dice Santiago, que hace que la voluntad se doblegue y se pliegue sobre sí misma. Esta codicia se inmiscuye incluso en la esfera religiosa y hace que los cristianos se busquen a sí mismos incluso en su relación con Dios.

Lo opuesto es la psicología del "hombre nuevo". Su amor a Cristo, la caridad, que es a la vez una actividad humana y una actividad divina, es en él como un fermento poderoso. Paso a paso, le conducirá a la santidad, si responde a sus exigencias. Primer paso: no quebrantar la ley de Cristo. Segundo: no amar nada más que a Cristo: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí" (Mt 10, 37). Tercero: déjate guiar en todo por el amor de Cristo, que se ha convertido en tu amigo predilecto. Esta tercera etapa conduce a un umbral: así como el amor humano, en su desarrollo, llega un día a ese tipo de amor hasta ahora desconocido que es el amor conyugal, así la caridad, a medida que progresa, llega a lo que se puede llamar la etapa conyugal de su evolución. Dejarlo todo (en el sentido espiritual de la palabra) para aferrarse sólo a Cristo: ésta es la inesperada exigencia del Señor que un día tendrán que afrontar los que avanzan guiados por la caridad. En efecto, la caridad está presente en el corazón del cristiano desde el bautismo, con su exigencia irrenunciable de totalidad: "Amarás al Señor tu Dios con *toda* tu alma, con *todo*..."; pero, de hecho, esta exigencia sólo emerge en nuestra conciencia a medida que progresamos en la vida de fe.

Cristo pretende ser considerado no sólo como un amigo, sino como un "esposo". Cuántas veces la Escritura se refiere a Él con este término. Pretende ser no sólo el más amado, sino, en un sentido que debe entenderse, el único amado.

Puede ser como una revelación repentina, una especie de amor a primera vista que provoca una reacción espontánea, instantánea, decisiva, de entrega total; como Pascal gritando durante su famosa noche: "Señor, te lo doy todo". O puede ser al final de un proceso en el que la invitación a la entrega total se hace cada vez más imperativa, no sin suscitar a veces un sentimiento de miedo.

Quien cruza el umbral descubre una psicología totalmente nueva. Es la supremacía efectiva del amor de Cristo: todos los demás amores están ordenados y animados por este amor primario. No sin tentaciones, retiros y renacimientos.

Llegado a esta etapa, el cristiano es a la vez el ser más indiferente y el más amante de las criaturas. Comprende que "nadie puede servir a dos señores: o aborrecerá a uno y amará al otro, o se aferrará a uno y despreciará al otro" (Mt 6,24). En él se cumple la exigencia de Cristo: "El que venga a mí sin '*hair*' (aborrecer) a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío" (Lc 14,25). Un texto de San Pablo da una buena idea del estado de ánimo de este cristiano: "Lo que quiero decir, hermanos, es esto: queda poco tiempo. Mientras tanto, los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; lo que se alegran, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran nada; los que disfrutan del mundo, como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo es pasajera." (1 Co 7,29-31).

Al mismo tiempo, este cristiano se nos presenta como el más amante. Observa mejor que nunca el gran mandamiento: "Como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros", retomado por san Pablo: "El amor es la plenitud de la ley", repetido una y otra vez por san Juan: "Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos... Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino con obras, de verdad" (1 Jn 3, 14.18).

¿Cómo pueden conciliarse en un mismo corazón tal indiferencia soberana y la caridad universal? La paradoja es sólo aparente. En efecto, al entregarse a Cristo con este don que he calificado de "conyugal", el cristiano renuncia a todo, renuncia a amar a nadie por sí mismo, sino que precisamente amará en adelante a todos los seres no por sí mismo, sino a través de Cristo que, viviendo en él, le lleva a amar. De este modo, se realiza la unidad de su vida afectiva -y esto es tan característico del santo: es el hombre de un solo amor, pero este amor suscita otros amores, los contiene y los anima.

No hay que pensar que el hombre nuevo está fijado en una determinada etapa de caridad. Esta caridad puede decaer y extinguirse. Pero si es fiel, nunca dejará de crecer. Su adhesión a Cristo será cada día más fuerte. Su comunión de los pensamientos, sentimientos y voluntades con aquel a quien se ha entregado será cada vez más perfecta. Y cada vez más entregado a su servicio. Si, como San Pablo, puede decir que está identificado con Cristo ("Vivo yo, pero no soy yo; es Cristo quien vive en mí"), esta identificación progresará indefinidamente.

Ahora podemos llegar a la cuestión que es objeto de nuestro estudio: esta perfección cristiana, tal como la hemos visto encarnada en algunos hombres de Dios, tal como acabo de esbozarla, ¿cómo puede alcanzarla el cristiano en el matrimonio?

Matrimonio y Santidad

Es cierto que todo cristiano está llamado a la santidad, cualquiera que sea su estado de vida: la Escritura no deja lugar a dudas sobre este punto (cf. Mt 5, 48). No es menos cierto que no hay dos

tipos de santidad, uno de los cuales prescinde de la renuncia, sino que la auténtica santidad incluye la perfección de la renuncia y la auténtica perfección de la caridad. Por tanto, la única pregunta que cabe hacerse sobre los cristianos casados es la siguiente: puesto que están llamados a la perfección cristiana, ¿la alcanzarán *a pesar* del matrimonio, o *en* el matrimonio, o *gracias al* matrimonio?

Los jóvenes hogares cristianos de hoy, al menos los que creen en esta llamada a la perfección para todos, no dudan entre los tres términos. Eligen "*gracias a*". Les cuesta entender cómo alguien puede dudar. Los de generaciones anteriores respondían lo contrario: matrimonio y santidad eran, a sus ojos, incompatibles de hecho sino de derecho. Jóvenes y mayores resuelven el problema con demasiada facilidad. Merece más reflexión: es serio.

Puesto que el matrimonio fue instituido por Dios, bien podemos inclinarnos a priori a pensar que los cristianos casados se santificarán a través del matrimonio. Esta es, por otra parte, la enseñanza de la Iglesia, más o menos explícita a lo largo de los siglos. Pero, ¿en qué condiciones y cómo progresarán los cristianos hacia la santidad a través de su vida matrimonial y familiar?

Matrimonio, escuela de amor y de renunciamento

Volvamos al hombre cuyos sentimientos hemos seguido más arriba, hasta el umbral de la vida matrimonial. Aquí acaba de decidirse por la persona con la que pretende formar un vínculo para toda la vida. Bajo el impulso del amor, hace donación total de todo lo que posee y de todo lo que es. La alegría de amar le hace ignorar las renunciaciones que implican esta elección y este don. En efecto, no me imagino a una joven novia que, la noche de su boda, dijera a su marido, preocupado al verla triste: "Creo que acabo de renunciar a casarme con Jacques, François, Étienne, Jules..." y rompiera a llorar. El hecho es que elegir a una persona significa renunciar a todas las demás, que entregarse significa sacrificarse. Así es como el amor logra esa renuncia y ese sacrificio fundamentales que tanto cuesta consentir a cualquier otra cosa. En verdad, comprometerse en matrimonio es ya dar un serio paso adelante tanto en el camino de la renuncia como en el del amor; ambos van unidos.

De hecho, significa comprometerse en una vida de muchos dones, renunciaciones y superaciones, en respuesta a las reiteradas exigencias del amor. Esta unidad, que la joven pareja ha forjado por el don que se han hecho el uno al otro, no es nunca una adquisición definitiva; debe ser reconquistada cada día y profundizada por dones y renunciaciones renovados y cada vez más perfectos. ¿Quisieran ellos al menos encontrar en él la recompensa a su generosidad y el descanso en la posesión? No, el amor es despiadado; nos ordena seguir avanzando. Esta unidad no es para su propia satisfacción, sino para un nuevo don, el don de la vida, que conducirá a una cadena de renunciaciones al tiempo que les ofrecerá maravillosas alegrías. De este modo, cada vez que el amor avanza, se propone un nuevo paso adelante, para un nuevo progreso.

Así pues, sólo desde el punto de vista humano, el matrimonio se nos presenta como el gran maestro tanto de la renuncia como del amor. Sólo desde este punto de vista, ya es a decir verdad el que favorece la vida cristiana.

La amistad de Cristo

Para los cristianos que viven en estado de gracia, este amor al cónyuge y a los hijos, que acabo de mencionar, no es sólo humano, sino que está impregnado de caridad, de modo que crecer en el amor es al mismo tiempo crecer en la caridad. En este sentido, el matrimonio es un medio positivo para acercarse a Dios.

Pero en este hogar, donde la caridad crece a medida que se profundiza el amor conyugal y el amor a los hijos, y gracias a esta profundización, Cristo ocupará un lugar cada vez más importante. Tal vez, al principio, los esposos sólo lo veían como el Maestro, aquel a quien no se puede desobedecer cada vez que plantea una cuestión de confianza, cada vez que se cuestiona un mandamiento formal. En esta etapa, su amor se centraba principalmente en no desviarse de lo que el Señor prohíbe, en someterse a su ley. Pero la pareja avanzó, progresó en la caridad, llegó a ver a Cristo como su amigo, su amigo común. Su amor por Él se ha vuelto más positivo: ahora les guía el deseo de agradecerle. Ya no les basta con obedecer los mandatos del Señor, sino que buscan sus preferencias. Se esfuerzan por seguirle, por imitarle, por cooperar en su misión. Por él, renuncian a menudo y con entusiasmo a lo que les agradaría.

Su amor crece aún más: Cristo se convierte en su amigo predilecto. Él es siempre lo primero. No sólo ante las llamadas de otros amigos, sino incluso ante las aspiraciones más legítimas de la pareja. Cristo sirvió primero en todo y siempre: ésa es la ley de esta casa. Al menos, eso es lo que aspiran a observar.

«Ven y Sígueme»

En este hogar donde los esposos caminan uno al lado del otro en busca de una vida cristiana cada vez más verdadera, al mismo tiempo que su amor común por Cristo, la caridad crece en cada uno. Durante mucho tiempo, los esposos no tuvieron que preguntarse qué era primero, si el amor al cónyuge o el amor a Cristo. No es lo mismo, pensaban implícitamente: si Cristo tiene la primacía de la soberanía, el cónyuge tiene la primacía del amor. Es un poco como la patria: el día que convoca a un hombre a la guerra, va a pesar del amor que siente por su mujer, no porque ame más a su patria que a su mujer, sino porque la patria tiene primacía de soberanía.

Pero el amor de cada cónyuge por el Señor nunca deja de progresar. La curva de crecimiento de la caridad en cada persona reproduce la curva de la evolución del amor humano que hemos considerado anteriormente. Del mismo modo que el amor, a medida que evoluciona, lleva al ser humano al don de sí mismo a uno: un don total, exclusivo, definitivo, lo mismo sucede con la caridad. Y entonces, un buen día, Cristo aclara a uno u otro de los esposos que espera de ellos un don total, exclusivo y definitivo. Sorprendido, el que escucha la llamada señala al Señor que es demasiado tarde; que está unido a otra persona por un matrimonio indisoluble. Pero Cristo responde: "Yo hice el matrimonio, tú no puedes oponerme las leyes del amor. - Debías advertirme y no dejar que me comprometiera. - Estabas advertido: el Evangelio es explícito; ¿y no es el bautismo un don total? Pero es verdad que entonces no podían comprenderlo; ha sido necesario su crecimiento espiritual, precisamente en el matrimonio y a través de él, para que hoy pueda hacerles la llamada con posibilidades de ser escuchada. Les ofrezco una realidad prodigiosa: una vida a dos con el Hijo de Dios. El verdadero matrimonio es el del alma con su Dios.

Acabo de presentar la objeción que a veces surge en el corazón del cristiano casado ante la desconcertante, iba a decir provocadora, propuesta de Cristo. Pero su cónyuge, si sabe lo que ocurre, sin duda se altera aún más, a menos que haya alcanzado ya una gran comprensión de los caminos de Dios. He aquí lo que le dije una vez a un marido que era un buen cristiano, pero que estaba profundamente turbado por la idea de perder el amor de su mujer que había "dado el paso": "No sé cómo progresa su mujer, pero hagamos una hipótesis. Durante una meditación o una comunión, el inmenso amor de Cristo acudió de repente a su mente. Inmediatamente, surgió en ella un deseo loco de ser suya, unida a él, de poseerlo, de ser poseída por él. Se dio cuenta de que tenía

que hacer de sí misma una ofrenda sin reservas, incondicional, definitiva. Y cedió a la corriente que la arrastraba, a esa necesidad irreprimible de sacrificar su alma y el mundo entero a Cristo. ¿Puedes negar a Dios el derecho a intervenir así en la vida de tu mujer? ¿A seducirla? ¿Puedes negar a la mujer seducida el derecho a entregarse espontánea y generosamente? ¿Y por qué no confías en ella cuando, ante tus aprensiones y reproches por haber hecho un gesto "desconsiderado", te responde: "No puedo creer ni por un momento que entregarme al Dios del amor pueda ir en detrimento de mi marido y de mis hijos"?

A través de la noche oscura

No recuerdo quién escribió: "El amor implica siempre inmensas perturbaciones". Esto es cierto de todo amor, pero más aún del amor de Dios que interviene en la unión del hombre y la mujer. La llamada que Cristo hace a uno de los cónyuges, hay que reconocerlo, provoca una perturbación mayor o menor en la unión de los esposos. Sobre todo cuando se produce de modo repentino e inesperado. Quisiera intentar analizar esta perturbación antes de hablar del nuevo amor conyugal que se desarrolla durante esta fase difícil.

El cónyuge de la persona que ha respondido a la llamada, si es consciente de lo que ocurre, o si simplemente adivina algo, se ve a veces visitado por una insidiosa tentación de celos. Porque percibe en el otro un cierto desapego hacia él, aunque vea redoblar el amor. No se trata de una hipótesis gratuita. He detectado estos celos en varias personas. Recuerdo las vehementes palabras de una mujer: "Ya no le basto: antes lo era todo para él y ahora se vuelve hacia otra. Ya no soy su único amor. Ya no es todo mío, es compartido y ya no es de mí de quien obtiene su mayor alegría. Alguien más tiene derechos sobre él, un terrible dominio sobre él. Y ese otro es el primero: si se presentara la alternativa, sería a él a quien seguiría, no a mí. Diga lo que diga, ya no me quiere con amor conyugal. Es una hermosa amistad, una amistad privilegiada, no me importa, pero ya no es el amor que conocí."

Sería un error pensar que para quien ha escuchado la llamada y quiere responder fielmente, todo es siempre sencillo: Cristo, al apoderarse de él, no ha resuelto todos sus problemas. Cuando piensa en su compañero, a veces se dice a sí mismo, a veces con cierta angustia: "Es verdad, como me reprocha, necesito más a Dios que a él. Hay momentos en que me siento más inclinada espontáneamente a pensar en Cristo que en él; él lo siente, lo sufre. Necesito soledad para encontrar a Dios y él cree que intento escapar de él. No puedo confiarle todo lo que me pasa por dentro, a pesar de mi deseo de hacerlo, porque mucho de ello es inexpresable, y eso me vale el reproche de ser cerrada".

Una mujer, que vivió esta experiencia, escribió: "Al amor conyugal le gustaría hacerlo todo, descubrirlo todo juntos, y de repente Dios me llamaba en lo más profundo de mi alma de una manera misteriosa que yo no comprendía. Me parece que cuanto más unida espiritualmente está la pareja, mayor es el coste de tener que oír sola esta llamada profunda. Dios, que se me había aparecido como el que nos unía, se me apareció luego como el que separa, que divide profundamente, por la soledad en que envuelve el alma y la distancia que pone entre los esposos. Me había casado para su gloria. Pero nunca hubiera imaginado que él pudiera conducirme así, por un camino que parecía perdido para nuestro amor. Pero no tardó en hacerse la luz: "Ah, ahora que conozco un poco mejor a Dios, cómo me gustaría decir al mundo entero lo que él me ha enseñado, a saber, que la santidad consiste, primero y siempre, en abandonarse a él con los ojos cerrados, en entregarse a él con fe, sin comprender nada".

Quizá valga la pena señalar aquí que existe un riesgo de engaño. Con el pretexto de una llamada a la perfección evangélica y al desapego, algunas personas descuidan las exigencias de la vida conyugal y familiar. En realidad", escribe un matrimonio, "cedemos, sin saberlo ni quererlo, al insidioso señuelo de la soledad y la tranquilidad. Es mucho más fácil, después de veinte o veinticinco años de matrimonio, llevarse bien (o creer que te llevas bien) con Dios que con un cónyuge cuya personalidad se ha desarrollado y afirmado y, como consecuencia, se enfrenta a la tuya más a menudo. Crees que te estás volviendo hacia Dios; en realidad, estás huyendo de tu pareja".

Hablo como si uno u otro de los cónyuges no hubiera tenido la misma experiencia. De hecho, eso es lo que suele ocurrir. Incluso cuando los dos cónyuges han progresado juntos hacia el Señor, no han llegado necesariamente al mismo estadio. Ante todo, Dios, dueño de sus dones, reserva a cada uno sus propias gracias. La intimidad de un alma con Él es siempre única. Demasiados esposos y esposas no lo comprenden cuando, con conmovedora y sobre todo ingenua buena voluntad, pretenden recorrer el mismo camino espiritual, evitar distanciarse, esperarse mutuamente. ¡Que cada uno responda con audacia a las llamadas del Señor! No por acercarnos más a Él corremos el riesgo de distanciarnos de nuestro cónyuge. Recordemos también que, en el matrimonio, la gracia individual beneficia a la comunidad.

Hacia un amor nuevo

En el corazón de una persona que se ha entregado a Cristo, se desarrolla un amor conyugal nuevo, de una calidad muy rara.

Es verdad, soy un cautivo, un "prisionero de Cristo" y feliz de ser su prisionero; es verdad, ya no me pertenezco, ya no tengo control sobre mí mismo, pero Cristo, mi amor, me pide que me despose con todos sus amores. Más aún, puesto que tengo un solo corazón y una sola alma con Él, ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí. Y Cristo, en mí y por mí, ama a todos los que me rodean, empezando por mi cónyuge. Amo a este cónyuge con el corazón de Cristo, y lo amo con amor conyugal.

¿No es éste el tipo de amor que define el acto de caridad: "Amo a mi prójimo por amor a ti"? Amar al cónyuge por amor a otro sería monstruoso si ese otro fuera un ser humano; más bien, es el amor al cónyuge el que debe mandar sobre todos los demás amores. Pero lo que sería chocante a nivel humano ya no lo es cuando se trata de Dios. Amar al cónyuge por Dios es participar del amor con que Dios le ama. Y eso es muy distinto de un "amor de mandato", de un amor de deber. Es verdad que te amo porque Dios quiere; pero precisamente porque quiere, Dios me comunica su propio amor por ti. Y yo te amo con un amor conyugal nuevo, auténtico, del que nada queda excluido.

El gran objetivo de este nuevo amor será ayudar al otro a llegar a un encuentro personal con Cristo, si todavía no lo ha hecho, ayudarle mediante el don de una ternura humana que se ha hecho tanto más perfecta, tanto más discreta, porque se ha convertido en caridad. Tu amor por mí -dice Cristo a la persona que ha conquistado- lo pido, lo espero y lo recibo en tu prójimo, en tu prójimo más cercano, en tu cónyuge y en tus hijos. En este sentido, el segundo mandamiento es semejante al primero.

¿Y qué pasa en los hogares que sufren?

Hasta ahora he hablado de un hogar armonioso en el que el hombre y la mujer se aman. ¿Qué sucede con el progreso hacia la perfección cuando no hay armonía en el hogar? ¿El cónyuge ansioso por progresar espiritualmente encontrará ayuda en el acercamiento al Señor? Sí, y en los propios fracasos. Es cierto que esos fracasos pueden llevar a la rebelión, al estancamiento e incluso al adulterio; pero también pueden favorecer el descubrimiento de Cristo, como toda pobreza y decepción aceptadas. En un hogar así, no se corre el riesgo de hacer del amor conyugal un absoluto. Las Bienaventuranzas del Señor proporcionarán consuelo y apoyo: "Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los hambrientos, bienaventurados los perseguidos...".

No dudo en decir: Mejor, a los ojos de Dios, un matrimonio menos exitoso que un amor más perfecto, al que los cónyuges se aferran como a un tesoro del que no quieren desprenderse. El peligro no es ilusorio. Leo en una carta: "La llamada de Cristo es escuchada por muy pocos, incluso entre cónyuges profundamente cristianos y unidos. Quizá precisamente porque están tan unidos y apegados el uno al otro. No pueden aceptar la segunda llamada de Cristo, que pretende separarlos el uno del otro. Cuántos se aferran desesperadamente a la fase anterior y se resisten a Cristo, que de repente se ha convertido en el Dios celoso de la Biblia. Se escandalizan ante la sola idea de que la ley de la renuncia evangélica pueda dirigirse contra su amor: "¿Por qué -dicen- el que quiere que esta célula de la Iglesia, nuestro hogar, tenga éxito, vendría él mismo a destruir su obra y a separar a los que ha unido?"

De hecho, muchos hogares se sitúan entre dos extremos, el del fracaso y el del éxito perfecto. Para ellos, el amor es a la vez riqueza y pobreza, éxito y fracaso. Este tipo de amor es una ayuda preciosa en nuestro camino hacia Dios. Hecho de lágrimas y de alegrías, de esfuerzos, de sacrificios y de oraciones, de decepciones y de esperanzas, de dones y de perdón, esta unión en la que hemos recibido mucho el uno del otro y hemos sufrido igualmente el uno por el otro, está habitada por la gracia, en la que la gracia actúa para llevarnos a cada uno al encuentro de Cristo vivo.

Matrimonio, camino de santidad

¿He logrado mostrar que el matrimonio, por sus exigencias y sus riquezas, por sus victorias y sus derrotas, y sobre todo por todas las gracias sacramentales que comporta, es efectivamente un camino de santidad? Como hemos visto, madura el corazón humano a través de todos los dones y renunciaciones que exige; favorece el crecimiento de la caridad en el hogar y en cada uno de los cónyuges, hasta llevarlos al umbral del encuentro personal con Cristo, verdadero inicio del camino de la santidad. Si entonces se sacude la comodidad de un amor conyugal todavía demasiado humano, es sólo para ayudar a los esposos a entrar en un amor totalmente nuevo "en el Señor".

Dichosos los esposos -y lo digo con mayor convicción porque conozco a algunos de ellos- cuya primera ambición en el amor es ayudarse mutuamente a responder cada vez más generosamente a la llamada de Aquel que, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, se ha presentado siempre como el Esposo. Un hombre casado me escribía: "Del amor nace el deseo de ver al otro realizado en plenitud. Sé que mi mujer sólo puede realizarse en su vocación de esposa por el único Esposo: Cristo, y la amo demasiado para no desearlo, para no quererlo para ella... con toda mi debilidad". En estos hogares se cumple la promesa del Señor: "Quien deje casa, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o campos por mi nombre, recibirá cien veces más aquí en la tierra y participará de la vida eterna" (Lc 18,28-30; Mt 19,29). El "céntuplo" es un amor nuevo, cuya fuerza y dulzura ni siquiera podían imaginar en las horas radiantes de su naciente vida matrimonial.

Quien pierde su vida la salva, quien pierde su amor la salva: por un momento, los esposos pudieron pensar que responder a la llamada de Cristo comprometería su unión; en realidad, su respuesta permite que ésta se supere y alcance una nueva perfección. Lo que antes creían, ahora lo experimentan: "Donde se encuentran la caridad y el amor, allí está presente Dios".

Esta presentación del matrimonio cristiano dista mucho, lo reconozco, de cierta visión demasiado común que ve en el sacramento del matrimonio sólo una ayuda de Dios para curar el amor humano, enriquecerlo, hacerlo más feliz y duradero. Es una visión ingenua, que ve en la gracia un medio para hacer más cómoda la vida en la tierra. ¡Como si Cristo hubiera venido ante todo a salvar la felicidad humana!

¿Significa esto que los esposos cristianos tendrán poco en cuenta la vida conyugal y todas las realidades que la componen? A los que piensan así, quisiera ofrecerles una comparación: el pan y el vino, cuando se deterioran, son incapaces de convertirse en el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía; del mismo modo, si los esposos dejan que se deteriore la calidad humana de su matrimonio, éste ya no es un medio que la gracia pueda utilizar para santificarlos. Sólo una vida conyugal vivida en plenitud permite al sacramento producir sus frutos.

Por tanto, nunca se dirá demasiado que la vida conyugal es un camino de santidad, pero sólo a condición de que se recuerde claramente que el sentido de un camino es conducir a un fin, que la gran ambición de los compañeros de viaje debe ser, no "establecerse" en la tierra, sino caminar juntos hacia la casa del Padre, donde se encontrarán "compañeros para la eternidad".

Esta concepción cristiana del sacramento del matrimonio muestra claramente su admirable dignidad, y al mismo tiempo nos hace comprender por qué la Iglesia ha reconocido siempre una mayor dignidad a la virginidad consagrada: ésta, en efecto, es desde el principio una preferencia por Cristo y una consagración a su amor. Esto no significa, sin embargo, que un cristiano casado no pueda alcanzar un grado de perfección superior al de un monje.

*

Al final de esta conferencia, quisiera dejarlos en presencia del hogar de José y María. No para sugerir que la vida cristiana en el matrimonio exige una continencia total, sino para invitarlos a contemplar el amor conyugal más perfecto. Este matrimonio es único en cuanto es la unión de dos seres consagrados de antemano a Dios y que Dios entrega el uno al otro: comienzan donde otros llegan -y todavía muy imperfectamente- sólo después de un laborioso camino. Pero se aman tanto más por ello. ¿Qué amor conyugal puede rivalizar con el suyo? Se aman con el mismo amor de Dios: "La fuerza con la que te amo no es diferente de la fuerza con la que tú existes"; ¿no es esta frase de una de las heroínas de Claudel una expresión adecuada de su experiencia? ¿Les había dado Cristo la gran instrucción que dejó a sus apóstoles: "Sean uno como mi Padre y yo somos uno"? No lo sé, pero sin duda alcanzaron este ideal mejor que nadie. Y por eso no hay modelo más alto para los esposos que aspiran a la santidad que el matrimonio de José y María.